

2º MENCIÓN

ALGO SE ESCONDE, ALGO

Eduardo Díaz Villoria

No conocemos todavía cuál
es esa extraña sensación de
placer que sentimos al
formar un círculo.

La *imparición* en manos del Padre Nello estaba por darse esa misma tardecita. El Jose le había avisado al Padre que su mamá, la señora Untanto, y el resto de los familiares lo estarían esperando en cuanto algo se supiese, algo. Reunidos en casa, la familia en redondo la asistía y le habían estado cebando uno que otro hasta que rompió bolsa. Varios familiares allí, varios; Barrios, que hacía de partera, estaba, estaba la Claudia, la parturienta Untanto estaba, el Jose no –por el reparto de esa tarde y por eso no– y los del chamamé en cada espacio pero esta vez más bajito que lo de costumbre.

Cuando el Padre Nello llegó, llegaron tres, llegaron. Los familiares allí le dieron un saludo barrialmente, de olor local, como esos; la partera Barrios le tomó la mano entre sus manos en ese gesto de respeto ascendente. Como en fotos continuadas, la mano, la mejilla, el cabeceo, los dedos, del ojo, con la boca. El Padre Nello brillaba ancho, rojizo, su frente grande, de cintura doble, dijimos triple, cansado el paso de andar y andar, simultáneo. De aquí para allá, o de a bicicleta a lo sumo, rápido en el ir y venir, aunque ancho. Simulando lo fofón, vencía el arrastre cura de su peso. Aquella tarde había llegado a lo de la Untanto con la tardecita húmeda siguiéndolo después de haber asistido a los del Cruce en la carbonería. De movimiento rápido él, muy, había llegado a lo de la Untanto para cumplir con uno de sus deseos; decía “quiero estar en todos lados, donde tú me llames”. El barrio en su mayor parte lo adoraba. Había traído para la Untanto sus manos, sus increíbles. Eran seis. La madre Untanto por ser, la Claudia, la partera y el cura Padre con sus triples atributos.

En el barrio se tenía por costumbre la concurrencia del Padre Nello en todo aquello que fuera recibir o despedir a alguien de esta vida. La presencia de ese hombre tan generoso y múltiple que todo lo quería abrazar brindaba mucha tranquilidad brindaba. En su brillo de cabeza lustrada casi sin pelo se frotaban los barrios deseos de los armados con la Fe. Su contorno proyectaba una silueta llena de buen ánimo, pero llena. Contagioso el movimiento y puesto a la cooperación, sus manos en pases se retiraban con caricias dejando las superficies mejoradas. En cada boca abierta dejaba su hostia redonda dejaba, y su alivio cura. Un quejido de contracción detonó en la habitación y la Claudia trajo más toallas mojadas. El padre Nello se arrodilló al pie de la cama poniendo su cuerpo trasudado y húmedo junto a la partera que dirigía a la Untanto con los trabajos de parto. El sudor de piel, los olores del parto transcurriendo, los fluidos rojizos que trajo el asomo

de cabeza de bebé que empezó a verse, y la respiración de la mamá en puja sobre aquella sábana gastada dentro del colchonazo amarillo hundido conjuraban un clima de olor pesado para la criatura naciendo. *Zas*. Nello se mandó una bocanada para atrapar aires de habitación sucia y los sopló dentro de un botellón aplastado y lo tapó en un pase de manos. Destapó el tachito orinero que la Untanto mantenía debajo de la cama, y con esas hojas de revista que hacían de tapadera en su mano despejó el ambiente de las moscas concurrentes. Se deshizo del orín. Cerró la puerta de la habitación; volvió al pie de la cama con medio cuerpo afuera del niño ya. No se pudo ver el sexo del bebé porque el Padre tomando mando detuvo el medio cuerpecito afuera resolviendo dar marcha atrás al asunto.

Fue entonces que el Padre Nello mientras lo sostenía tibiecito y aunque azul venoso, no lo quiso limpiar; codeó a la partera ligeramente haciéndose él partero. Le pidió a la Untanto que hiciera el último esfuerzo y ella asintió. Nello empezó a pujar desde su vientre hasta sus manos para lograr revertir el reparto de vidas. El tiempo empezó a ceder, la música chamamé encaró al primer compás. El olor retrocedió y el bebé fue metido dentro del vientre de la Untanto. Porque el Padre así lo dispuso. El Padre Nello dejó a todos boquiabiertos; él supo que aquél bebé no debía ser aún, no debía.